

## LINGÜÍSTICA HISTÓRICA Y FILOLOGÍA: UN DIALOGO NECESARIO

En muchos trabajos contemporáneos de investigación sobre lingüística histórica podemos observar una alarmante tendencia a hipertrofiar las formulaciones más o menos abstractas y a menoscabar, por ende, el análisis preciso de los datos lingüísticos concretos, frecuentemente despreciado en aras de la novedad de los métodos empleados. Al llamar la atención sobre esta tendencia no pretendo en absoluto —y me parece muy pertinente comenzar por declararlo— descalificar la validez de ningún método, toda vez que tal proceder no coincide necesariamente con la práctica de ninguna metodología concreta: trabajos realizados con métodos diversos presentan esa misma característica de tender a la formulación de principios generales, separados del examen atento de los materiales, mientras que hay aportaciones realizadas por las metodologías más novedosas que no adolecen de esta insuficiencia. No es por tanto de los defectos de un método u otro de lo que aquí se trata, sino de una actitud investigadora, desgraciadamente creciente en nuestro campo, que tiende a andarse por los Cerros de Úbeda de la teorización y formulación, utilizando datos de segunda mano, no siempre aprovechables en el sentido en que se pretende aprovecharlos.

Una de las causas de esta situación es posiblemente el hecho de que la mayoría de los métodos modernos han nacido de su aplicación a lenguas vivas, donde la propia competencia del hablante sirve en general como punto de referencia para evitar el uso de datos erróneos o el uso erróneo de los datos. El problema surge cuando se intentan aplicar estos nuevos métodos a lenguas antiguas, a veces,

todo hay que decirlo, por investigadores no excesivamente familiarizados con ellas. Es entonces cuando se hace necesario un examen previo de la validez de los hechos lingüísticos, o, lo que es lo mismo, cuando se entra en el terreno de la filología, arte presidido siempre por la *acribia* más atenta en el examen de la realidad de los datos.

Es pues en este campo, el de la lingüística histórica, en el que hay que plantear un diálogo más estrecho entre la lingüística y la filología. En realidad no se trata de otra cosa que de una vuelta a los orígenes, a prácticas que antaño eran comunes; es bien sabido que la lingüística nació como disciplina subsidiaria de la filología, primero en Grecia, donde se inicia a partir de la necesidad de disponer de criterios para restituir un texto correcto en los autores literarios antiguos, posteriormente en los siglos XVIII y XIX en varios países europeos, sirviendo al interés por recuperar viejos textos de las culturas nacionales. Sólo cuando la lingüística evoluciona prodigiosamente en sus métodos —con los Neogramáticos, primero, luego, con el estructuralismo y más tarde aún con la lingüística generativa, la matemática, etc.— es cuando el divorcio entre lingüística y filología se produce de forma más abierta. Mientras que la filología sigue utilizando la lengua como vehículo para comprender una cultura, la lingüística se ha independizado de ella para considerar la lengua como un objeto de estudio en sí misma. La tendencia, exacerbada en algunas escuelas, lleva al riesgo de que el objeto de estudio no sea ya ni siquiera la lengua, sino, casi, el metalenguaje, por lo que el abismo entre lingüística y filología se haría aún mayor.

No obstante, otras metodologías lingüísticas, asimismo modernas, como la antropología lingüística o la sociolingüística, con su tendencia a volver la lingüística al ámbito de las ciencias humanas, hacen posible reiniciar el interrumpido diálogo.

No soy, desde luego, ni el primero ni el único en haber planteado la cuestión. Sobre el particular, por citar sólo algunos ejemplos significativos, llamó ya la atención en los años cincuenta Reid<sup>1</sup>, como reacción al entonces naciente estructuralismo. Más tarde Kuipers<sup>2</sup>

<sup>1</sup> T. B. W. Reid, «Linguistics, Structuralism and Philology», *Arch. Ling.* 8, 1956, 28-37, esp. págs. 36 s.

<sup>2</sup> A. H. Kuipers, «Unique Types and typological Universals», en J. C. Heesterman, G. H. Schokker y V. I. Subramoniam (eds.), *Pratidānam... Studies... to F. B. J. Kuiper*, La Haya, París, 1968, págs. 84 ss.

señalaba la paradoja de cómo, frente a otras ciencias, como la geología, la botánica o la zoología, que nunca han dejado de ocuparse de la descripción cuidadosa de los materiales, la lingüística, y especialmente la norteamericana, se orienta hacia las teorías y al desprecio por los datos, lo que en sus propias palabras «constituye un peligro cultural». La tendencia, por desgracia, no ha hecho sino desarrollarse desde entonces. Aún en 1972 tenemos algunas líneas muy esclarecedoras de Anttila sobre el tema<sup>3</sup>. En efecto, Anttila anuncia en términos generales y teóricos una serie de buenos propósitos de lo que debería hacerse, y pone énfasis en señalar que lingüística y filología se complementan y necesitan para dar cuenta de la complejidad de una lengua natural.

Pese a todas estas —y otras— advertencias, el olvido del aspecto filológico y de lo que éste tiene de cuidadoso examen de los materiales es moneda corriente en muchos trabajos actuales. Por ello me parece procedente insistir en la cuestión, si bien no de manera teórica ni profunda, sino de una forma indicativa y con algunos ejemplos significativos, positiva o negativamente, de hasta qué punto es preciso el diálogo que aquí preconizo y de los múltiples errores que cabe cometer en la investigación lingüística histórica por olvido de la filología.

Lo primero que diferencia básicamente la lingüística histórica de otros campos de la lingüística es que en ella operamos con documentos escritos, y cuanto más antiguos sean los textos, tanto más difícil es restituir la realidad lingüística. Así, por ejemplo, si trabajamos con documentos como las tablillas micénicas, escritas en un silabario pésimamente adaptado a la lengua griega que trata de reflejar, el lingüista no puede realizar sólo su tarea, sin acudir al filólogo. Para la determinación del valor fonético exacto que encubre un determinado grupo de silabogramas micénicos no basta con aplicar mecánicamente lo que sabemos sobre los procedimientos de escritura ni sobre la fonética o la morfología de este dialecto, sino que es fundamental examinar el contexto del término en la tablilla, el juego al que ésta pertenece, el escriba que la redactó, etc., para lograr una interpretación con visos de verosimilitud. Muchas pro-

---

<sup>3</sup> R. Anttila, *An Introduction to Historical and Comparative Linguistics*, Nueva York, 1972, págs. 325 ss.

puestas lingüísticamente admisibles caen por su base a la luz de este tipo de exámenes.

En el caso del griego del primer milenio, la mayoría de los documentos proceden, como se sabe, de una tradición manuscrita multi-secular, en la que se han producido numerosas alteraciones. Es competencia de la filología restituir el texto más probable en cada caso, y eso es algo universalmente admitido. Pero lo que no suele atenderse con la misma asiduidad es que esta tarea no se detiene y los textos se mejoran continuamente, por lo que hay que estar sumamente atento a la comprobación de ciertos materiales a la luz de las investigaciones filológicas más recientes. De no ser así, pueden manejarse en ocasiones auténticas palabras fantasmagóricas, presentes en versiones antiguas de los textos, pero luego rechazadas con toda razón por editores posteriores. Así, por ejemplo, anda aún por los diccionarios etimológicos un supuesto término celta, documentado en griego, κάρνον, glosado como gálata por el gramático Hesiquio, con el significado de 'trompeta'. Cuando tratamos de hallarlo en su fuente, Hesiquio, nos encontramos con que el último editor de este autor, Latte<sup>4</sup>, ha eliminado esta palabra de la edición, sustituyéndola por κάρνουξ, palabra, ésta sí, sólidamente documentada en la tradición lexicográfica griega<sup>5</sup>. Pues bien, pese a que el segundo volumen de la edición de Latte es de 1966, el término fantasma κάρνον sigue citándose en trabajos de los últimos años setenta<sup>6</sup>.

Tampoco es suficiente garantía el hecho de que los materiales no procedan de tradición manuscrita, sino de inscripciones o papiros, y, por tanto, sean contemporáneos del estadio de lengua que se pretende describir. Con mucha frecuencia podemos detectar la existencia de una gran divergencia entre el aspecto que presenta la palabra escrita y el que debía presentar la hablada, que es evidentemente el único objeto de investigación lingüística válido. A este respecto, cabe aludir a las recientes investigaciones de Teodorsson<sup>7</sup> sobre las

<sup>4</sup> K. Latte, *Hesychii Lexicon*, Copenhague, 1953-1966.

<sup>5</sup> Cf. Escolio a *Iliada* XVIII 219, Eustacio 1193.57.

<sup>6</sup> Por ejemplo, aún la cita A. J. Nussbaum, «On the Formation and Derivational History of Greek κέρας and Related Words for 'Head' and 'Horn' in Greek and Indo-European», *Indo-European Studies III*, ed. por C. Watkins, Cambridge Mass., 1977, 328 ss.

<sup>7</sup> S.-T. Teodorsson, *The Phonemic System of the Attic Dialect 400-340*, Lund, 1974, *The Phonology of the Ptolemaic Koine*, Gotemburgo, 1977, *The Phonology of Attic in the Hellenistic Period*, Gotemburgo, 1978.

faltas sistemáticas en las inscripciones áticas o en las escritas en *koiné* como medio para determinar la pronunciación real en la lengua mayoritariamente usada por la población.

Pero no se trata solamente de estos casos de situación límite: el uso de términos inexistentes o la utilización de realidades escritas que no se corresponden con la realidad lingüística. Hay otras muchas maneras de analizar erróneamente los datos. Una de ellas es la consideración de las palabras como meras entidades sin historia, puros conjuntos de fonemas o morfemas, utilizables como materiales sin atender a su época o a sus condiciones de uso, lo que puede producir notables desenfoces. Veamos un ejemplo: en un estudio sobre diversos derivados del nombre de la cabeza en las lenguas indoeuropeas, Nussbaum<sup>8</sup> explica un término griego ἔγκραρος 'cerebro', a partir de una determinada formulación indoeuropea, con laringales y paradigma proterodinámico, en la idea de que se trata de un término de la lengua originaria heredado por el griego. Pues bien, si comprobamos dónde y cuándo aparece ἔγκραρος, lo encontramos en Licofrón y en el epigramático Alceo de Mesenia<sup>9</sup>, es decir, en el siglo III y II a. C., respectivamente. Ya lo tardío de la fecha en que se atestigua podría infundirnos sospechas sobre la antigüedad de este término. Pero si a ello añadimos que tanto Licofrón como Alceo de Mesenia son poetas eruditos, bien conocidos por sus múltiples creaciones de vocabulario, hemos de concluir que ἔγκραρος es un término inequívocamente tardío, una *mot savant*<sup>10</sup>, cuya creación procede de la ecuación κεφαλή 'cabeza' es a ἐγκέφαλος 'cerebro' como κάρη 'cabeza' es a ἔγκραρος 'cerebro'. No es por tanto utilizable en absoluto para la comparación con otras lenguas, como si procediera de un estadio primitivo del indoeuropeo, y su uso como tal es tan erróneo como si pretendiésemos remontar *cinematógrafo* al elenco de los compuestos griegos antiguos.

En otras ocasiones se trata de que el material utilizado es insuficiente. Así, en el, por lo demás, meritorio intento de Sommerstein de establecer el sistema fonológico del ático a partir de las formu-

<sup>8</sup> Art. cit.

<sup>9</sup> Licofrón, *Alejandra* 1104, Alceo de Mesenia en *Antología Palatina* IX 519.3.

<sup>10</sup> De lo que por cierto ya advierte atinadamente P. Chantraine, *Dictionnaire Étymologique de la langue Grecque*, París, 1968, etc., s. v.

laciones de Chomsky y Halle<sup>11</sup>, aparecen ciertas insuficiencias en este terreno. Por citar un solo ejemplo, explica la -v efelcística como obligatoria ante vocal y ante pausa mayor<sup>12</sup>. Como ha puesto de manifiesto Ruijgh en su reseña a la obra<sup>13</sup> en las inscripciones áticas, la -v efelcística aparece también ante consonante y, en general, su uso es facultativo. La regla estricta que formula Sommerstein procede de la gramática escolar tardía y no vale para la época en que la postula.

Hay ocasiones en las que, sencillamente, una cuestión lingüística se ha situado en un marco que no le corresponde. Así, la presencia en algunos escritores áticos de un tratamiento -σσ- en vez de un tratamiento -ττ- no debe situarse en el terreno de la fonética, sino en el de la estilística y en el de las modas literarias, como Crespo, en un trabajo reciente y sumamente clarificador<sup>14</sup>, ha puesto de manifiesto.

Otra perogrullada, si se quiere, pero no por ello menos transgredida, es que hablar de «griego» por ejemplo, es una falacia. Se toma como sistema un diasistema en el que se integran sistemas muy variados, desde dialectos literarios y artificiales, como es la lengua de Homero, con huellas de situaciones más antiguas e innovaciones, hasta la cancilleresca de las inscripciones, pasando por un sinfín de estadios más. Sin embargo son muchos los que pretenden acometer con métodos estructurales y, por ende, sincrónicos, el análisis de determinados problemas lingüísticos como si estuvieran operando con un solo estadio de lengua, utilizando para ello ejemplos de aquí y de allí y situándolos al mismo nivel.

Asimismo inútil considero el intento por parte de algunos estudiosos de la sintaxis griega clásica de «generar» frases cuya gramaticalidad o agramaticalidad difícilmente podemos controlar. A este respecto hay una inteligente crítica de Crespo en un trabajo reciente<sup>15</sup>. Es un corpus cerrado de datos el que interesa a la sintaxis del

<sup>11</sup> A. H. Sommerstein, *The Sound Pattern of Ancient Greek*, Oxford, 1973.

<sup>12</sup> *Ob. cit.*, págs. 40 ss.

<sup>13</sup> C. J. Ruijgh, «La phonologie générative du grec ancien», *Foundations of Language* 14:4, 1976, 582.

<sup>14</sup> E. Crespo, «La alternancia σσ/ττ y la prosa literaria ática del siglo v a. C.», *Cuad. Fil. Clás.* 16, 1979-80, 109-125.

<sup>15</sup> E. Crespo, «Sintaxis Griega», en *Actualización Científica en Filología griega*, ed. por A. Martínez, Madrid, 1984, págs. 323 s.

griego clásico y no potenciales frases o textos que ahora podríamos crear. De otro lado, se corre el riesgo de calificar de «agramaticales» más del treinta por ciento de las frases de Esquilo o Píndaro, por ejemplo, o viceversa, podríamos considerar estructuras propias de la lengua común estilemas literarios totalmente excepcionales, por el hecho de aparecer con cierta frecuencia en un autor importante.

En otras ocasiones se recurre a expedientes metodológicos para obviar las dificultades reales. En un tema tan espinoso como el de los modos verbales en griego, Lightfoot<sup>16</sup> despacha la dificultad de diferenciar las reglas que rigen los modos en oraciones principales y en oraciones subordinadas haciendo que los modos que aparecen en estructura superficial en las oraciones principales deriven de una estructura profunda en que son engendrados por verbos subyacentes «ordenar», «desear», etc.

Costumbre también muy practicada en la lingüística moderna es lo que podríamos llamar «reformulación», entendiendo por tal el tomar cualquiera de las cuestiones hace ya decenios resuelta —algunas incluso ya por los propios Neogramáticos— y volverla a formular en términos modernos, por ejemplo, los generativos. Cuando ello contribuye en alguna medida, siquiera sea mínima, a explicar aspectos oscuros de la cuestión o a situar materiales nuevos dentro del marco ya establecido, hemos de saludar este proceder como positivo. No así cuando lo único que se introduce es la formulación por la formulación, como se hace, por ejemplo, en un trabajo de Lightner<sup>17</sup> de poco más de dos páginas, en las que se «traduce» la ley de Grassmann a una formulación generativa, sin que ello aumente un ápice nuestro conocimiento sobre el particular. Tal proceder no contribuye al progreso científico y tiende a confundir una ciencia con el método con que se la estudia. Pero aún hay algo peor: cuando la reformulación no deja siquiera idéntico nuestro conocimiento sobre un problema lingüístico en particular, sino que lo empeora. Por poner otro ejemplo del libro antes citado de Sommerstein<sup>18</sup>, la regla de que /s/ da /h/ ante vocal y tras vocal o frontera mayor

---

<sup>16</sup> D. Lightfoot, *Natural Logic and the Greek Moods*, La Haya-París, 1975.

<sup>17</sup> T. M. Lightner, «On the Formulation of Grassmann's Law in Greek», en *Festschrift Halle*, Nueva York, 1973, págs. 128-130.

<sup>18</sup> *Ob. cit.*, págs. 11 ss.

tropieza con los casos, inexplicados por Sommerstein, de conservación de *s* (tipo  $\xi\sigma\tau\eta\sigma\alpha$ ,  $\lambda\acute{\upsilon}\sigma\omega$ , etc.). Como señala Ruijgh<sup>19</sup>, en la reseña ya aludida<sup>20</sup>, la explicación tradicional de la acción analógica que detiene la acción de la ley fonética es más clara y explica mejor los hechos.

Pero sin duda el terreno en el que el diálogo entre filología y lingüística se muestra con toda su plenitud es el de la etimología. La etimología ha tenido muy mala prensa en ciertos ámbitos de la lingüística y los lingüistas no se ponen de acuerdo sobre su carácter científico. Es verdad que la etimología, además de ciencia, tiene bastante de otros aspectos. Es una actividad compleja que, como señala Malkiel<sup>21</sup>, los lingüistas nunca sitúan en el cuadro de sus especulaciones sobre lingüística científica. Asimismo Malkiel pone de manifiesto el componente, digamos artístico, de la actividad cultural, que puede liberar a la lingüística de su aislamiento.

El lingüista que practique hoy la etimología no puede, con todo, usar de los métodos inefables de San Isidoro o de Aldrete. Hoy se requiere un conocimiento sólido de fonética, morfología, dialectología, semántica, etc., unido al de aspectos extrínsecos, como historia social, sociología, psicología y un sinnúmero de campos más, según los temas a tratar. Y en ciertos terrenos de la lingüística, como es el caso desde luego en la Indoeuropea, la etimología es absolutamente inevitable. En esta actividad, como en pocas, se muestra palmaria la necesidad del diálogo entre lingüística y filología. De ahí que los fallos en el análisis etimológico produzcan graves errores de interpretación. Por citar un ejemplo, la sumamente abstrusa explicación de la ley de Grassmann debida a Kiparsky<sup>22</sup> cae por su base por haberse apoyado en ejemplos como  $\beta\rho\epsilon\chi\mu\acute{o}\varsigma$ ,  $\beta\acute{o}\theta\rho\varsigma$ , etc., interpretados por Kiparsky como huellas de la verdadera disimilación antigua, ya que, según él, la ley de Grassmann sería de fecha indoeuropea y por tanto sus resultados griegos serían los mismos del indoiranio,

<sup>19</sup> Art. cit., pág. 571.

<sup>20</sup> Cf. nota 13.

<sup>21</sup> Malkiel, «Etymology and General Linguistics», *Word* 18, 1962, 198 ss. (= *Essays on Linguistic Themes*, Oxford, 1968, págs. 175 ss. = *Etymologie*, ed. por R. Schmitt, Darmstadt, 1977, págs. 347 ss.).

<sup>22</sup> P. Kiparsky, «On Comparative Linguistics: The Case of Grassmann's Law», en T. A. Sebeok (ed.), *Current Trends in Linguistics* 11, La Haya-París, 1973, págs. 115-134.



esto es, sonora y no sorda en el fonema disimilado. Pero Miller<sup>23</sup> desmonta la validez de los asertos de Kiparsky por un nuevo análisis etimológico, más cuidadoso y atinado, de los ejemplos aducidos por éste.

Hasta aquí, esta nueva llamada al diálogo entre dos campos condenados a entenderse, y la presentación de ejemplos —multiplicables, desde luego, por desgracia— de lo que no debe hacerse en la investigación lingüística histórica. Hay que huir del dato de diccionario o de manual, ahondar en la situación y en la historia de las palabras, para convertir los hechos lingüísticos en dato rico y múltiple, susceptible, ése ya sí, de ser analizado desde una perspectiva abstracta, porque tampoco la ciencia se hace a base de atomizaciones ni de ejemplos sueltos. Pero sólo la filología es capaz de reintegrar los datos a su lugar, de decidir entre los que son significativos y los que no lo son, entre los que sirven o no para dar cuenta histórica o sociológica de las causas de un determinado fenómeno. En suma, es la que permite precisar el dato para convertirlo en materia de estudio lingüístico. Por su parte, la lingüística suministrará a la filología la visión general del problema lingüístico, trascendiendo el valor individual del ejemplo aislado y facilitará la explicación sistemática de los mismos. Como señala Kuipers<sup>24</sup>, la lingüística es una *Erfahrungswissenschaft*, que contiene elementos deductivos, pero que no puede dejar de referirse a su material, ya que, en caso contrario, no será sino pura fantasía o pura lógica. El olvido por parte de los lingüistas de esta realidad representa correr el riesgo de postular abstracciones vacías y alejadas de su objeto y, por tanto, falsas e inútiles para la ciencia.

ALBERTO BERNABÉ

---

<sup>23</sup> D. G. Miller, «Was Grassmann's Law Reordered in Greek?», *KZ* 91, 1977, 131-158.

<sup>24</sup> *Ob. cit.*, pág. 85.